

El patrón de la patera detuvo el motor y se encaró con los cinco hombres que llevaba a bordo. El súbito silencio parecía hacer la noche todavía más oscura. Apenas se veían unos a otros, pese a que estaban en una embarcación de seis metros escasos de eslora.

-Final de trayecto -dijo el patrón con voz ronca-. Ahora tenéis que saltar al agua y alcanzar la playa nadando.

Los hombres lo miraron, sorprendidos. Parada, la embarcación se movía de un lado a otro como si fuese un corcho. No se podía decir que la mar estuviese picada, pero tampoco estaba en calma.

-¿Qué dices? -saltó uno de ellos-. ¿Te has vuelto loco?

-Yo no sé nadar -dijo Said, el más joven.

-¿Y las bolsas? -apuntó otro.

-Ya os las guardaré yo -contestó el patrón con sorna.

-¡Pero si no se ve la costa!

-¡Claro que se ve! Mirad aquellas luces de allí... Ahora. ¿Las veis...? Lo que pasa es que el oleaje las oculta, pero la playa está a menos de quinientos metros. De eso podéis estar seguros.

-El trato no era éste. Tienes que llevarnos hasta la playa.

-Mira, amigo, yo no me la juego. Hay mucha vigilancia y no quiero quedarme sin barca. Además, el trato era que os llevaría hasta la costa española. Pues ahí delante la tenéis.

-¡Eres un cabrón! ¡No saltaremos!

-¡Ya lo creo que saltaréis! -dijo el patrón endureciendo el rostro y cogiendo una barra de hierro que había junto al timón-. ¿Verdad que saltarán, Sherif? -añadió dirigiéndose al marinero que estaba en la popa, detrás de los hombres.

-¡Claro, patrón! ¿Quién quiere que sea el primero?

Y mientras decía esto, Sherif se levantó. Era un hombre corpulento y de cara ancha, oculta tras una barba negra y rizada. En las manos llevaba uno de los remos de la barca, que blandía amenazadoramente.

-Ese bravucón que acaba de decir que no van a saltar -respondió el patrón, sonriendo-. Le haremos dar ejemplo.

El marinero tocó con el remo el hombro de Abdeslam.

-No podéis hacernos eso. Moriremos ahogados -se lamentó el que estaba al lado de Abdeslam-. No podemos nadar quinientos metros con esta mar y de noche.

-Sois jóvenes y fuertes -dijo el patrón-. Seguro que podéis hacerlo. Uno es capaz de cualquier cosa cuando no tiene otra alternativa. Y os aseguro que no la tenéis. ¿Verdad que no, Sherif?

-No, patrón, no les queda otra alternativa. Venga, tú, levántate -y volvió a golpear el hombro de Abdeslam, esta vez un poco más fuerte.

Abdeslam se levantó lentamente y, de pronto, se abalanzó sobre Sherif. Fue un gesto desesperado e inútil porque el marinero, que esperaba una reacción como aquélla, le clavó el remo en el pecho y lo empujó hacia atrás con todas sus fuerzas. Abdeslam tropezó con el hombre que tenía a su lado, perdió el equilibrio y cayó por la borda. En el último momento pudo agarrarse al escámo. Al verlo, Sherif descargó un golpe brutal en las manos de Abdeslam, que con un grito de dolor se soltó y desapareció en la noche.

-¡Asesinos! -gritó desde el agua. Pero ya no se le veía.

Dos de los hombres aprovecharon que Sherif se había quedado inclinado cerca de la borda para lanzarse sobre él e intentar tirarlo al agua, pero el gigantón aguantó la embestida. Un golpe de mar derribó a los tres, que cayeron por la borda hechos un ovillo.

-¡Patrón! -gritó Sherif, chapoteando frenéticamente.

El patrón levantó la barra de hierro, amenazador.

-¡Venga, vosotros dos al agua!

Pero ni Saíd ni el otro se movieron.

-¡Por Alá que vais a saltar al agua! -dijo el patrón, apartándose del timón y acercándose a los dos que quedaban a bordo.

-¡Patrón, ayúdeme! -volvió a gritar Sherif.

Su voz era desesperada. El oleaje lo alejaba de la barca y, pese a que braceaba para acercarse, no lo conseguía. De los otros dos, igual que de Abdeslam, no se veía ni rastro. Seguramente habían optado por nadar hacia la costa, o quizá se habían ahogado. Al ver que el patrón se acercaba, el compañero de Saíd se levantó del asiento y después de murmurar un apresurado 'que Alá me proteja', se lanzó al agua. Saíd, con un gesto rápido, cogió el otro remo del fondo de la embarcación, y plantó cara al patrón.

-¡Ayuda!

La voz de Sherif se oía cada vez más lejana.

-Así que quieres gresca, ¿eh, chico? -dijo el patrón, deteniéndose justo a la distancia del remo.

-No sé nadar -repitió Saíd con un hilo de voz.

-Pues tendrías que haber aprendido.

El balanceo de la embarcación hacía difícil mantenerse en pie. Por eso, cuando el patrón vio que Saíd se desequilibraba ligeramente, aprovechó la circunstancia para acercársele. El muchacho, en lugar de intentar mantener el equilibrio, se dejó caer al fondo de la barca, al tiempo que giraba el remo con todas sus fuerzas. El patrón recibió el golpe de la pala del remo en pleno rostro y cayó de lado sobre la borda. Antes de salir del aturdimiento del trompazo, sintió que la punta del remo se le clavaba en el costado y lo empujaba con fuerza. Instintivamente, se agarró a él y, cuando Saíd lo soltó, remo y patrón cayeron al agua. Saíd vio que el hombre asomaba la cabeza junto a la embarcación y estiraba los brazos hasta agarrarse a la borda, pero, pese a sus esfuerzos, no conseguía subir.

-¡Hijo de puta, ayúdame a subir!

Pero Saíd no se movía; estaba quieto, sentado en el banco de madera, mirando hipnotizado al patrón, que intentaba subir una y otra vez sin lograrlo.

-¡Te llevaré a la playa! ¡Te lo juro por Alá!

Si el patrón hubiese visto la mirada inexpresiva de Saíd, habría comprendido enseguida que aquel muchacho de poco más de dieciocho años, que había decidido emprender la aventura de emigrar, no le ayudaría. Estaba demasiado alterado por la brutalidad de la escena que acababa de vivir y no tenía ni el valor ni las fuerzas suficientes para enfrentarse a él de nuevo; lo dejaría allí colgado, sin hacer nada, hasta que el agotamiento y el frío lo rindiesen y entregase su cuerpo al mar.

-¡No puedo más! ¡Ayúdame! ¡Alá te maldecirá toda la vida si me dejas morir!

Por toda respuesta, Saíd cerró los ojos, se tapó los oídos y comenzó a murmurar los noventa y nueve nombres de Alá.

-Alá el Clemente, Alá el Misericordioso, Alá el Rey, Alá el Santo, Alá el Dios de la Paz, Alá el Fidor...

La tradición musulmana decía que quien conociese todos los nombres de Alá entraría en el Paraíso, hiciese lo que hiciese.